

tres naciones rompen sus compromisos y lanzan á la Francia en pos de aventuras: los representantes de Inglaterra y España hacen esfuerzos para conjurar la disidencia, y nada basta á detener á los comisarios del emperador de los franceses. ¿Qué hacer entonces? Los representantes de Inglaterra y España se retiran, tocándome á mí ser ejecutor de una política independiente, no sin tener que sacrificar para ello mis sueños de gloria militar, así como mis simpatías por la noble nacion francesa y sus valientes soldados. En esto no he hecho más que cumplir con mi deber, y creo que cualquier otro general en mi caso hubiera hecho lo mismo, queriendo todos como queremos conservar incólume la independencia de la patria.

Concluyo haciendo una ferviente invocacion á los hombres de Estado de mi país, rogándoles que jamas hagan cuestion de partido nuestras relaciones con las repúblicas hispano-americanas. Aquellos pueblos se separaron, y por ventura en temprana edad, de la madre patria; y habiendo esta querido hacerlos entrar en la obediencia por la fuerza, ellos se defendieron, con valor heredado de nosotros mismos, derramándose mucha sangre, hasta que la madre, dolorida de la lucha, reconoció la emancipacion.

Nuestras relaciones con ellos han sido desde entonces reservadas y frias: sean en adelante las que cumplen á dos pueblos hermanos, por cuyas venas circula una misma sangre, que profesan una misma religion, que hablan la misma lengua. Lo que nosotros hemos de hacer para que la reconciliacion sea eterna, es no olvidar los males que hemos atravesado antes que España haya llegado á estar constituida, y así trataremos con indulgencia al pueblo que atraviesa los mismos males. Esa debe ser allí nuestra política, procurando tambien que los diplomáticos que vayan á representar en Mejico á la reina de España sean lo que somos todos, liberales.

¡Ilustres senadores! Mi conducta en Méjico, así como el discurso que acabo de pronunciar, ha sido inspirado por el mas ardiente patriotismo: si obré bien, que Dios me lo premie; y si no, que me lo demande.

## LA ENSEÑANZA

# DEL PUEBLO,

—POR—

EDGAR QUINET

REPRESENTANTE DEL PUEBLO.



TRADUCIDO POR J. M. MATA.

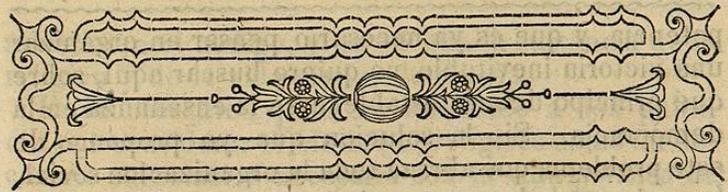


GUADALAJARA.

IMPRESA DE JOSE MARIA BRAMBILA.

Segunda calle del Seminario núm. 12.

1863.



mas la verdad, no seria imposible que de esta  
resultase alguna vez una paz equitativa de mas  
y otros parecerian estar de la misma solucion. Si  
Que es en si misma la cuestion de la ensenanza.  
Una cuestion de direccion moral. Todo se redu-  
ce a preguntar donde esta el deber el principio  
de la verdad. Se conf. en la religion. Lo  
necesito esta resuelto por el mismo y pregunta a mi  
vez. Cual religion?

#### UNA CAUSA DE SERVIDUMBRE VOLUNTARIA.

**L** 24 de Febrero, un milagro social pone en ma-  
nos de la Francia la eleccion de sus destinos. La  
Francia libremente consultada, contesta colocán-  
dose en la escala de los pueblos libres entre Portugal  
y Nápoles. Debe haber una causa de esta servi-  
dumbre voluntaria; el objeto de estas páginas es  
buscar esta causa, y si es posible, preservar de ella  
al porvenir.

Cuando la Francia republicana vuelva á ser due-  
ña de sus destinos ¿qué solucion dará á los proble-  
mas que se le presenten? ¿Dónde está el principio  
que sobrevivirá á las sutilezas con que ha sido aho-  
gada la libertad? Ese dia la esfinge devorará á todo  
el que no conteste á la cuestion.

Cierto de que los obstáculos solo servirán para  
elear de nuevo la revolucion francesa á una nueva

potencia, y que es ya necesario pensar en organizar una victoria inevitable, yo quiero buscar aquí, sobre qué principio deberá establecerse la enseñanza en la democracia. Si la solución que yo propongo de este problema que abraza toda la organización social, fuese la verdadera, no sería imposible que de ella resultase alguna luz aun para aquellos que mas desviados parecen estar de la misma solución.

¿Qué es en sí misma la cuestión de la enseñanza? Una cuestión de dirección moral. Todo se reduce á preguntar dónde está en adelante el principio de autoridad. Se contesta: en la religión. Yo acepto esta respuesta, pero insisto y pregunto á mi vez: ¿cuál religión?

Es demasiado manifiesto que ninguna autoridad puede establecerse sobre el principio de tres ó cuatro cultos que, negándose mutuamente, se destruyen uno á otro. Asentar la sociedad francesa sobre esta base, es asentarla en el vacío sobre el trípode de la anarquía eterna.

Estamos acostumbrados en Francia, á considerar las religiones como un elemento particular que se desarrolla independientemente de los otros elementos de la sociedad.

Nadie ha contribuido mas que Montesquieu á consagrar esta opinión en el *espíritu de las leyes*.

Estos son los pies de burro del coloso.

Este gran espíritu cree que en todas partes la religión se ha acomodado á la forma política, y no vé al contrario, que es la forma política la que en todas partes se ha arreglado al molde de la institución religiosa.

Cree que la religión no debe dar leyes; y no vé que por todas partes, bajo todas las formas, la religión es la ley de las leyes; es decir, aquella sobre la cual todas los demás se ordenan.

Cree que mientras mas severa es la religión, son mas suaves las leyes civiles; que el principio de la fatalidad puede hallarse en el dogma, y el del libre

arbitrio en el código, y no vé que la sustancia de la religión y de la vida civil es la misma.

Es Montesquieu quien ha enseñado á los publicistas á considerar el elemento religioso como un accesorio sin relación necesaria con la vida política de los pueblos. Mientras que subsista esta fuente de errores, las discusiones no tocarán mas que la superficie de las cosas, no hay peor yugo que el de una idea falsa.

¿Quién no vé en efecto, que esta manera de considerar las religiones es la mas segura garantía contra toda emancipación de los sacerdocios? ¿Si la constitución religiosa es un hecho insignificante sin relación con los otros, para qué cambiarla, para qué repararla? Una revolución religiosa sería trabajo perdido.

En los países en que los cultos son considerados bajo este punto de vista, la antigua creencia aunque debilitándose siempre y reducida á la apariencia, no por eso queda menos soberana. Se crían dos mundos distintos: uno comprende la sociedad política, otro la sociedad espiritual. Este divorcio que existe en las inteligencias, pasa á las cosas. Esos países hacen revoluciones políticas y no revoluciones religiosas, porque no tienen bastante fé para ello. Se contentan con distinguir la vida pública de la vida interior. Tienen un pié en el Estado y otro en la Iglesia. Pero si despues de haberse colocado en la imposibilidad de hacer una revolución religiosa, renuncian á esta separación de las cosas civiles y de las cosas eclesiásticas que para ellos es la ley de salud, esos mismos Estados se hallan en peligro de muerte.

En aquellos en que la religión se toma seriamente por todo el mundo, que se le ha considerado como lo que es realmente, es decir, como la sustancia de las leyes, de los gobiernos, de las costumbres, se ha pensado que nada se podía cambiar sino se cambiaba desde luego la religión; de donde ha resultado que los pueblos mas profundamente creyentes,

han hecho revoluciones religiosas, y que aquellos que lo son menos, se han puesto en la imposibilidad de hacerlas. De manera que por excesos de indiferencia, se han hecho por decirlo así, incapaces de escapar al yugo de la religion, que no tienen ya.

Donde la revolucion religiosa ha precedido la revolucion política; hay ciertas conquistas morales, respecto de las cuales nadie piensa retroceder. Por todas partes, al contrario, donde la revolucion política se ha verificado sin que la religion nacional haya sido modificada, se ven á la vez progresos increíbles y retrocesos mas increíbles aún. En los tiempos mas tranquilos se descubre, bajo el gobierno mas libre, la persistencia del antiguo fondo de un gobierno absoluto. No puede decirse de una reforma, aun la mas insignificante, que está conquistada irrevocablemente. En un dia se pasa de la extrema libertad á la extrema servidumbre; se tocan á la vez los tiempos mas opuestos, fluctuando siempre entre la edad media y la convencion. En esos países la revolucion no ha afirmado su ancla.

El pasado viene á apoderarse de ella aun dentro del puerto. Parecen condenados á eternas tempestades.

Conozco alguno de esos Estados en que se pasa el dia preguntándose si serán gobernados en la noche por Babeuf ó por Gregorio VII, ó aun por ambos á la vez, lo que no es imposible. Allí nunca es cierto que dos y dos son cuatro. Esto se disputa solemnemente cada quince años en presencia de todos los poderes del Estado, y no se imagina el gasto de elocuencia que en pro y contra se hace en tales ocasiones. Esto forma una parte de los monumentos oratorios de esas poblaciones.

Ademas, la complacencia que esos pueblos tienen en dejarse subyugar, es lo que mas engaña á los príncipes y á los poderes públicos. Esto se convierte para ellos en una tentacion prodigiosa que ninguno ha sabido resistir todavía, y es lo que causa

su violenta ruina. Semejante comodidad de usurpacion, lanzándolos á abusar de la servidumbre, no tardan en destruirla por su propia insolencia; por que esos pueblos parecen no percibir que han perdido alguna cosa, sino el dia en que ya nada les queda que perder. Entonces se les ve recobrar en un dia, en una hora mucho mas de lo que se habian dejado quitar algunas veces en medio siglo.

En 1617 la mayor inteligencia de Italia escribia esto:

“Jamás creeré en un cambio en el Estado, si no veo ninguno en la religion. Pero nadie percibe que lejos de prepararse tal cambio, lo antiguo se invetera mas cada dia.”

Así, lo que admira en esos Estados es que la indiferencia total en materia religiosa cegándolos sobre la importancia de las cuestiones de esta naturaleza, son infaliblemente víctimas del engaño en todo negocio en que se mezcla la religion.

¿Qué nos hace, dicen, esta religion? ¿Vale la pena el ocuparse de ella? ¿Está muerta! Al decir esto se hallan amarrados y agarrotados; los que no lo están se divierten en amarrar á los otros.

Poco importa, vuelven á decir; esta iglesia manda, es cierto, nuestros ejércitos, dirige nuestro gobierno, nombra nuestros inquisidores de Estado, forma el plan de nuestras expediciones, ordena, reina, gobierna; pero aun así, ¿qué prueba esto? Ella no existe

Despues de esto ¿quién se encargará de demostrar que si tal religion está muerta, como se dice, precisamente en eso está el peligro; que una religion viva puede bien imponer á un Estado una forma despótica, pero que al menos le comunica una parte de su fuerza; mientras que una religion muerta comunica infaliblemente su muerte al Estado, al pueblo que queda política y orgánicamente adherido á ella?

Ligad, pues, un vivo á un cadáver y decidme si

no hay en este arreglo ningun inconveniente para el primero. Lo que mas temian los antiguos era el contagio de la muerte de los dioses.

¡Discursos inútiles, metafísica incomprendible! Quieren continuar marchando hasta el fin, encadenados á la edad media, sin mirar una sola vez de frente esta dificultad.

¿Es por pusilanimidad de espíritu? ¿Pero cómo acusar de pusilánimes á gentes tan intrépidas? El mundo romano ha perecido á causa de esto. ¿Qué decia por boca de Pilatos [y de Festus? “Éstas son sutilezas de que nosotros no nos ocupamos; las dejamos á los judíos.” Se sabe cual fué el resultado?

Pues que el razonamiento sobre este asunto parece inútil, me contentaré con referir la historia siguiente; tenia lugar mil años antes de Jesucristo.

Varios cautivos, unos prisioneros de guerra, otros apresados en las costas, estaban apiñados en una galera griega de Tenedos, y el dueño del buque se dirigia hácia un puerto de Italia donde debia venderlos. A la media noche, los cautivos rompen sus lazos: se apoderan de la tripulacion. Hubo una gran fiesta; jamás habia el Océano oído semejantes gritos de alegría.

Uno de los prisioneros se acercó á sus compañeros y les dijo: “Una cosa me inquieta y es ver que dejais el timon en las mismas manos que os conducian al mercado.” En efecto, un viejo que parecia extraño á todo lo que pasaba en derredor suyo, manejaba el timon teniendo los ojos fijos en una estrella.

¿Y qué? respondieron los cautivos, ¿no veis que ese viejo mira á las nubes, y que no se mezcla en nada de lo que entre nosotros pasa? Teneis miedo de ese pedazo de palo apolillado en sus temblorosas manos; pero notad su edad: es realmente locura creer que podria mover este barco. Amigo mio, teneis necesidad de tomar heléboro. Así despidie-

ron al buen consejero y continuaron navegando alegremente hácia las Islas Afortunadas.

Sin embargo, el viejo siempre risueño, no abandonaba el timon, y se condujo con tanta habilidad que al aproximarse á la costa, con un solo movimiento del timon puso el barco en el puerto. Era justamente el de Tarento, famoso entre todos para la venta de esclavos. En un momento los mercaderes que esperaban el cargamento, se precipitaron armados sobre los cautivos, los encadenaron de nuevo y vendieron á cada uno por veinte dineros. Desde entonces ninguno de ellos oyó alguna vez hablar de un barco sin preguntar quién manejaba el timon.

Esta historia es demasiado antigua, direis; quiero que así sea. Escuchad, pues, esta otra, es igualmente cierta; pero tiene dos mil años menos.

Se trata de un fundidor de Florencia, patriota verdadero, que toda su vida buscó el bien y murió desesperado de no haberlo encontrado. Quería un día fundir la estatua de un héroe para hacer á su patria un don de ella; por desgracia no tenia en su taller mas molde que el de un caballo de trilla. Poco importa, se dijo á sí mismo; yo combinaré tan bien las materias, que repararé este inconveniente; y en efecto, vació en el molde las materias mas preciosas, oro y plata mezcladas de un modo admirable.

Esto es sorprendente, dijo, cuando la obra estuvo concluida: yo quería un héroe y me ha salido un caballo. Evidentemente mi combinacion no vale nada. Rompiendo la estatua, la falta es, dijo, del oro y de la plata; ensayemos el bronce, hé aquí el verdadero metal del escultor. Empleó lo que le quedaba de fortuna en proporcionarse un bronce sin defectos: vaciando este nuevo metal en el mismo molde, permaneció algun tiempo en la mayor ansiedad, hasta que se concluyó la obra. ¡Qué, dijo, cuando la vió, otra vez un caballo y jamás obtendré el héroe! La fatalidad pesa sobre mi cabeza. Y rompió

la estatua de bronce, como habia roto la de plata y oro.

Estos ricos metales son pérfidos, se dijo á sí mismo; lo que espresará ingenuamente mi pensamiento, es el barro puro, hijo inocente de la tierra.

Habiendo llenado de barro el antiguo molde, le dió tiempo á que secase. Despues de esto, con una inquietud inesplicable, dirigió una mirada á su obra: esta vez salió de nuevo un caballo de barro en lugar de un héroe. Rompió de nuevo la estatua, la hizo polvo, y entonces cayó en la desesperacion. ¡Qué! decia, he empleado todas las fuerzas de la creacion y nunca he podido cambiar la antigua forma. ¡Una maldicion pesa sobre mí!

Así se quejaba del destino, y sus amigos nunca pudieron hacerle comprender que para cambiar una forma es preciso cambiar el molde.

¡Oh amigos míos, artistas incomparables, cuántas veces habeis ya roto vuestra estatua! En 1789, en 1815, en 1830, en 1848 ¡siempre la antigua forma, siempre el caballo de trilla y nunca el semi-dios! ¡cuidad de no agotar vanamente en este trabajo todo el barro del globo!

## II.

### LA ESPERIENCIA.

DURANTE diez años he trabajado sin descanso en demostrar dos cosas: una, que todos los Estados católicos perecen; otra, que la libertad política es irrealizable en esa clase de Estados. Habia yo mostrado á la Italia esclava de toda la Europa; á la España esclava en el interior; al Portugal, esclavo interior y esteriormente; á la Irlanda, esclava de la Inglaterra; á la Polonia, esclava de la Rusia; á la Bohemia, á la Hungría, esclavas del Austria; el Austria misma, madre de toda servidumbre, en la servidumbre de la Rusia. Buscando la misma demos-

tracion mas allá de Europa, habia señalado en América, de un lado la fortuna creciente de los Estados Unidos heréticos, del otro la servidumbre de las democracias y de las monarquías católicas en los Estados del Sur: entre los primeros, Washington, entre los segundos, Rosas.

Sorprendido por esta demostracion de ruinas que no sufre escepcion alguna en toda la superficie del globo, habia conjurado á mi país, conservando y respetando siempre la libertad de conciencia, de guardarse política y temporalmente de la dominacion católica, puesto que entre todos los pueblos modernos él habia sido el precursor de la disolucion y del subyugamiento.

Cien veces habia presentado la cuestion en los términos siguientes: Ved la historia de los pueblos ligados al papado; todos han caido. Vosotros sois los únicos que quedais en pié: cuidado con ese camino que ha conducido á todos los otros á la ruina. Yo no me ocupo aquí de si la Iglesia romana está ó no en el reino invisible: pero digo y afirmo que bajo el solo punto de vista temporal, todo pueblo que identifica su destino con el de la Iglesia romana es un pueblo perdido. Si creis, conservad vuestra fé. Si quereis permanecer un pueblo, haced que vuestra Iglesia no intervenga de modo alguno en el manejo de vuestros negocios.

Por lo demas, yo sabia cuán difícil es esta separacion que yo pedia, porque yo habia siempre tenido por cierto que una religion nacional es el principio fundamental sobre el cual se ordena el Estado, y que en cualquiera situacion en que aquella se encuentre, mientras subsista ó parezca subsistir, ella comunica á una nacion ó la duracion ó la existencia, ó la apariencia ó la nada, sin que ninguno de los esfuerzos hechos para contrariar esta ley pueda ser bastante á destruir enteramente sus efectos.

Tales eran las ideas que yo trabajaba enl hacer prevalecer en el momento de la esplosion de 24 de